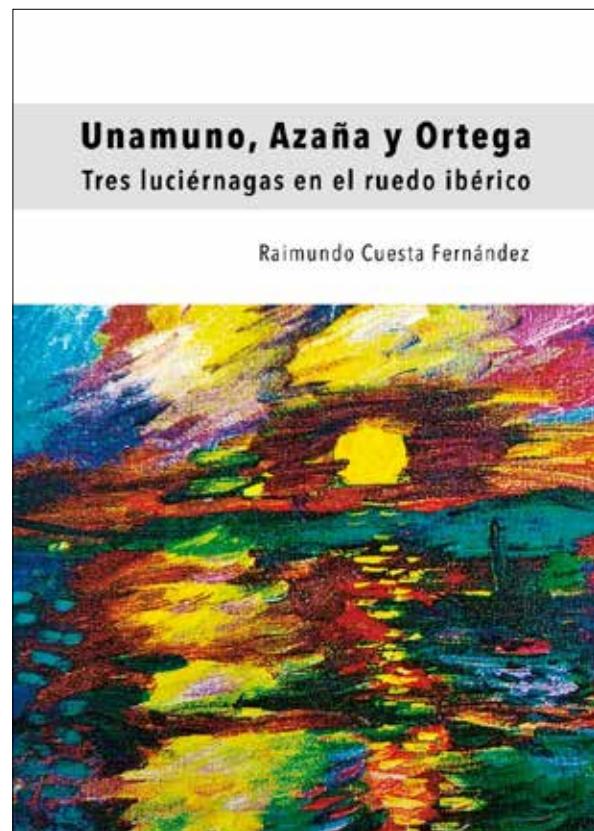


De luces, sombras y brasas*

José María Rozada Martínez
Universidad de Oviedo

Dice el autor en las primeras páginas del libro que «Sin ningún propósito proselitista entrega su contenido a la navegación mental de los hipotéticos lectores o lectoras.» (p. 18). Pues bien, mi navegación ha sido la de quien lee para aprender, pero, al mismo tiempo, reconsidera lo que lee en función de lo que sabe. Y en este caso debo decir que sé más del propio autor que de los personajes protagonistas del libro, así que en todo momento me he situado entre él y su obra, siendo a esa travesía a lo que dedicaré estas líneas.

No me resultó difícil entender su deseo de que el libro «sea una suerte de hibridación de ensayo y obra histórica» (p. 17), toda vez que Raimundo Cuesta ha sido siempre respetuoso amante de la Historia y, al mismo tiempo, de la libertad como no sometimiento a tradiciones y servidumbres academicistas, represoras de un sujeto que, con su lenguaje e ideología, sin renunciar al rigor, pueda configurar un enfoque y estilo propios. Él ha enseñado Historia y escrito mucho sobre dicho trabajo, dando lugar a magníficos ensayos en los que su crítica no se detuvo jamás ante gremialismo alguno, ni siquiera el que sirve de soporte a las tradiciones que todavía se mantienen en amplios sectores de la corporación de



profesores de instituto de la que él formó parte como catedrático. Además, su producción intelectual fue siempre desinteresada en lo que al medrar profesional/institucional se refiere. No es extraño pues, que en este libro se atreva a situarse entre lo subjetivamente narrativo y lo rigurosamente histórico, para volver sobre las biografías de tres personajes ya ampliamente biografiados, sobre los que existe «un corpus documental de dimensiones descomunales» (p. 331). El libro es fruto de la rebeldía del autor contra todo

*Reseña de: Raimundo Cuesta Fernández, *Unamuno, Azaña y Ortega. Tres luciérnagas en el ruedo ibérico*, Madrid, Vision Libros, 2022.

tipo de estricto encasillamiento. No en vano, cuando escribió su propia autobiografía eligió al legendario Tersites, «poco grato a los poderosos», como heterónimo de sí mismo.

Lo que con esa independencia busca y consigue el autor en este libro es (tómese en el orden que se quiera): libertad para no someterse estrictamente a una metodología historiográfica o formato literario determinados; fidelidad a su propia trayectoria profesional; presencia de sí mismo como sujeto con ideología y compromiso social propios, y, lo que no es poco, el placer de escribir tan bien como le gusta y sabe hacerlo.

Pero, como él mismo insiste, nadie está hecho de una sola pieza ni sigue temporalmente una trayectoria intelectual y vital absolutamente rectilínea. De modo que en los últimos años ha ido moderando su crítica a la «literatura del yo», para concederle mayor espacio a la consideración de lo biográfico, aun aceptando que nunca se podrá entrar del todo en lo que es el «laberinto vital inexpugnable» de cada biografiado ni de nadie. Así que con todas las cautelas que cada poco nos reitera, lo biográfico está plenamente incorporado a la «caja de herramientas conceptuales» utilizadas en este trabajo. Bien es verdad que combinado con otras:

«He querido que este libro sea una suerte de hibridación de ensayo y obra histórica. Del primero he tomado el aire narrativo, desenvuelto y a menudo muy subjetivo de mis percepciones y juicios, mientras que de la tradición historiográfica he bebido, pero sin ese indecoroso apetito omnívoro de querer decirlo todo y leerlo todo» (p. 17).

Con este planteamiento, que se apunta en la Introducción del libro y al mismo tiempo se respira a lo largo de su lectura, el autor configura tres biografías plagadas de detalles minuciosos acerca de las vidas de Unamuno, Azaña y Ortega, juntamente con la inclusión de conceptualizaciones que permiten ir más allá de cada uno de ellos. No solo hay una permanente presencia del contexto, sino también sugerentes caracterizaciones creadas por el autor. Con respecto a lo primero, el libro constituye un muy interesante trabajo sobre la historia de nuestro país. En lo que respecta a lo segundo, señalando tanto a Ortega como al historiador francés François Dosse, el autor se propone

«... anclar el género biográfico en totalidades expresivas que permitan al lector o lectora hacerse cargo del significado fundamental del personaje estudiado sin incurrir en meandros y detalles fútiles [...] evitando la falsa horma de verdad del cientificismo y huyendo también del subjetivismo meramente literario» (p. 345).

Para ello utiliza tres «tipos-ideales» con los que caracteriza a cada uno de sus tres personajes: el «profético» para Unamuno, el «político» para Azaña y el «olímpico» para Ortega. Con estos el autor se propone marcar las diferencias existentes entre ellos en tanto que «intelectuales públicos».

En mi particular navegación como lector (como he dicho, autorizada por el autor), esta última caracterización común es la que más brisa ha puesto en mis velas, permitiéndome contemplar, mejor que lo había hecho hasta ahora, paisajes históricos de los que todos suponemos (ilusoriamente en mi caso) saber mucho; pero también acercándome a pensar so-

bre el presente inmediato, como diré más adelante.

Son muchas y muy interesantes las diferencias entre las tres luciérnagas puestas de manifiesto por el autor, pero la genial y muy literaria metáfora de su común «abrasamiento» en el tiempo y las circunstancias en las que les tocó vivir ha constituido para mí el mayor atractivo de la larga singladura a través de las 557 páginas del libro. He de decir que casi cada vez que me he encontrado en el texto con el verbo abrasar, he regresado de inmediato a la cubierta del libro para detenerme a sentirlo más que a pronunciarlo, ante al magnífico cuadro de la pintora Sol Cortines, en el que la luz, no ya de una luciérnaga sino del sol, parece iluminar y abrasarse al mismo tiempo en un paisaje tenebroso del que ha desaparecido incluso la ilusión del horizonte.

Lo que se abrasa en Unamuno, Azaña y Ortega son «... sus ideas, sus valores y sus capacidades de orientación y de guía de la opinión colectiva» (p. 195); «los ánimos y las voluntades» (p. 474), y «sus muy diversos proyectos políticos» (p. 476). Y lo hace, sobre todo, en aquel «escenario de barbarie que trituraba y abrasaba a quien pasara a su lado» (p. 313), si bien afectó de manera desigual a cada uno de ellos dependiendo de las opciones de cada cual y, por tanto, del mayor o menor acercamiento al incendio social que supuso la Guerra Civil, sus causas y sus consecuencias. Unamuno, el intelectual profético, se abrasaría en un fuego interior alimentado por todas sus incongruencias (p. 168). Azaña, quien como intelectual político se comprometió directamente hasta el final, fue quien padeció la abrasadora conflagración desde dentro de la misma. Ortega, como intelectual olímpico, fue quien se acercó menos, llegando incluso a saltar al otro lado de la barrera, aunque luego

se iría «inmolando a fuego lento en las ulcerantes ascuas dejadas por la guerra y la dictadura» (p. 533). Diferencias entre ellos que no excluyen las destructoras frustraciones que los tres padecieron en sus adentros, a las cuales nos acerca Raimundo Cuesta cuando deja fluir el enfoque biográfico hacia la intimidad de sus personajes. Si bien conviene recordar una vez más que no pierde nunca de vista su intención de que veamos en el análisis del pequeño momento singular, el cristal del acontecer total, tal como nos advirtió ya en su propia autobiografía citando a Walter Benjamin.

Tres razones hay para recomendar la lectura de este libro. La primera de ellas, la historiográfica, porque supone un acercamiento tan riguroso como original a la vida de tres personajes notables en la Historia de España, pero también al contexto histórico en el que pensaron, escribieron y sufrieron «el crudo aprendizaje de la decepción, la asignatura más difícil de la vida» (p. 311).

La segunda, la de ayudar al lector a pensar el presente, cuando, afortunadamente sin incendio alguno abrasador de luces, volvemos a tener que posicionarnos sobre cuestiones como la «territorial», la creciente polarización política, la Constitución del 78, la «memoria histórica o democrática» y un largo etcétera de asuntos sociales y políticos. Aunque, efectivamente, no cabe establecer paralelismo férreo alguno, tanto el autor cuando escribió el libro (sobre todo si atendemos a sus juicios y adjetivaciones) como yo mismo cuando lo he leído, él en sus páginas y yo en las muchas notas que tomaba o me surgían, inevitablemente hemos llevado a cabo constantes reflexiones sobre el contexto sociopolítico actual. Debo decir que no siempre del todo coincidentes. Estimo que lo mismo ocurrirá con el lector intere-

sado en la realidad vigente, atreviéndome a añadir que puede ser así independientemente de que este sea de izquierdas o de derechas (permítaseme la simplificación), porque el libro contiene elementos potencialmente muy fértiles para pensar críticamente el presente, tanto si se está de acuerdo con el autor como si no.

La tercera razón es más bien una pasión, un auténtico placer: el que sentirá toda mujer u hombre que disfrute con «el rigor y la arquitectura de una prosa de estricta disciplina expresiva» (p. 248), que es lo que el autor admira en la escritura de Azaña y él mismo practica de manera envidiable en este libro como en toda su obra.